



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 37.

JUEVES 10 DE NOVIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL REINO DE PORTUGAL, por F. P. de Molina.—CIEN AÑOS DE VIDA: (cuento-leyenda), por A. Fariñas.—CONSEJOS DE UNA MADRE Á SU HIJA: poesia por A. Grassi.—UN CUELLO DE CAMISA HISTÓRICO, traducido por A. Ruiz.—A DON JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA EN EL FALLECIMIENTO DE SU AMADO PADRE: elegia por C. Vereá.—PAUL DE KOCK.—APOLO Y LAS NUEVE MUSAS, por A. Ruiz.—EL RIO DE LÁGRIMAS Ó RUSIA EN POLONIA, por A. J. Perchet.—EL SUEÑO DE LOS QUINCE AÑOS, por P. de A.—A UNA RUBIA, poesia por A. V. G.—LA CONCIENCIA.—NO VERTE ES MORIR, poesia por A. V. y Giron.—MARÍA, por F. Rovira Aguilar.—LA ROSA Y LA VIOLETA, poesia por R. Cau-la.—SUELTOS VARIOS.—MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

EL REINO DE PORTUGAL.

Hay á nuestras puertas, ¡qué digo á nuestras puertas! entre nosotros mismos, en nuestra península, un pequeño rincón, (y permítanme la frase sus susceptibles hijos), que no por ser pequeño deja de ofrecer menos interés á los ojos del artista, del viajero entendido, ó del simple curioso, así por las bellezas naturales que le son propias, las que posee en tal alta escala como el país mas favorecido; en esta parte, por la mano de la Providencia, como por los notables monumentos y preciosidades artísticas que guarda; tanto por la bondad de su clima privilegiado, como por las tradiciones históricas que encierra, dignas de fijar la atención de cualquiera, y especialmente la nuestra. Este rincón es el vecino reino de Portugal.

Pero desde que en 1640 en el reinado de Felipe IV y durante el gobierno del famoso conde-duque de Olivares, perdió la corona de Castilla, uno de sus mas ricos florones, al perder para siempre tal vez el reino de Portugal; desde que el espíritu de antagonismo, sostenido por sus gobernantes (que sucedió primero á la fuerza de las armas, y luego á los arreglos y tratados diplomáticos), dominó allí, separando y convirtiendo en extraños á dos pueblos esencialmente iguales y hermanos, por su origen, por su índole, por sus hábitos y costumbres, y hasta por su posición topográfica; desde que, sin

fronteras naturales, siquiera, los políticos portugueses pretendieron hallarlas en la animadversión que han hecho germinar siempre en el corazón de sus compatriotas, contra todo lo que es español; desde entonces, digo, en que amenguaron nuestras mutuas é íntimas relaciones; desde que en fin, el Portugal perdió, para nosotros, su importancia política, faltos aun hasta de medios de comunicacion directa entre ambos pueblos, todos aquí hemos visto con la mayor indiferencia la patria del autor de *los Lusíadas*; y en nuestros días, poquísimas han sido las personas que ni de paso, se hayan dignado visitar nuestros antiguos dominios de la península, y muy raras, por tanto, las que conocen un país digno por tantos títulos de nuestro estudio y consideracion.

Nosotros, que hace muy poco tiempo, hemos tenido ocasion de visitarle, la hemos tenido tambien de apreciar detenidamente sus favorables condiciones, su importancia, su literatura, sus instituciones, su legislacion, sus monumentos, sus bellezas, y francamente hablando, no hemos podido menos de lamentar el desden que nos merece, el cual hace que ese hermoso país nos sea tan desconocido, en general, ó mas si cabe que lo pudiera ser la Australia ó la Nueva-Zelanda.

Como siguiendo la opinion del célebre escritor portugués Duarte Nuñez de Leao, la ciudad de Lisboa, constituye por sí sola un reino entero, y así es la verdad en efecto; pues Lisboa y Oporto, reúnen en sí toda la importancia de aquella reducida monarquía, empezaremos nuestra tarea por la descripción general de la gran ciudad; pero antes de penetrar en la población, suplicamos á nuestros lectores nos acompañen á dar un paseo por su magnífica bahía.

Nada mas grato, nada mas pintoresco y delicioso, á los ojos del que por primera vez lo contempla, que el magnífico panorama que presenta la gran ciudad, muelle y magestuosamente asentada en medio de las ondas que

la acarician blandamente; cualquiera que sea el punto por donde se llegue á su excelente puerto, el viajero no puede menos de quedar sorprendido agradablemente, al tender la vista sobre el cúmulo de bellezas que de pronto se ofrecen á su mirada investigadora sin poderse fijar en ninguna con especialidad, porque son tantas, que apenas la imaginacion alcanza á concebirlas.

Si al acercarse á su recinto, se entra salvando la barra que forma el caudaloso Tajo, á su desembocadura en la mar, el rico y variado paisaje que se presenta al curioso viajero le traslada seguidamente á las hermosas bahías de Nápoles y Constantinopla, pudiendo apenas decidirse á dar la preferencia á aquellas, sobre la que tiene delante. Pasada la barra, y dejando á la margen del Sur el *puntal de Casilhas*, dominado por el castillo de *Almada*, y á la izquierda, las cascadas y la tierra de *Cintra*, con su ahumado palacio, residencia real, se atraviesa por entre las torres de Bogio y de San Julian, presentándose á la vista un nuevo y mágico espectáculo; multitud de pequeñas y pintorescas poblaciones esmaltan graciosamente la campiña, desde la *Cruz de los Arrepentidos*, situada al lado de San Julian, hasta la morisca *torre de Belem*, uno de los mas bellos monumentos, que de su género se conservan, é infinitud de quintas de recreo, cuyos frondosos jardines y elegantes edificios, patentizan la nobleza y el gusto de sus dueños, destacándose en medio de ellos el *palacio de Ayuda*, que aunque sin concluir, revela la grandeza de ánimo del que lo mandara edificar; así como el mirador de *Caxias*, la *escala de Jacob*, *San José de Rivamar*, *Boa-Virgen*, *Pedroços* y finalmente la población entera, formando montañas de casas, cuyos límites van á perderse en el horizonte.

Entre la confusa aglomeracion del caserío, descuellan en primer término, como un pensamiento divino entre las ideas profanas, las elevadas torres y el Cimborio de la Estrella,

A medida que se adelanta, pasada una vez la barra, hacia la torre de Belem, váse descubriendo la parte baja de la ciudad, y el magnífico *Terreiro de Pazo*, que con el grandioso monumento que ostenta en su centro, parece adelantarse dentro del agua, para saludar al recién venido, sirviéndole de pomposo séquito el resto de los edificios que se extiende por la orilla del río hasta Alcántara.

Además de la citada torre de Belem y del Címborio de la Estrella (convento del corazón de Jesús), otros dos objetos notables cautivan todavía la atención del viajero, al surcar las aguas de Belem; el convento de los *Gerónimos* (Santa María de Belem), monumento gótico del mejor gusto, y el *Acueducto* de las aguas libres, obra tan atrevida como la mas preciada de esta clase, que los romanos legaron á la posteridad. La aridez de las playas y de las montañas de la banda del Sur (outra-banda), apenas interrumpida por pequeños caseríos y poblaciones insignificantes, contrasta notablemente con las bellezas que hemos dejado mencionadas, contribuyendo á dar mas realce al cuadro que acabamos de describir.

Si en vez de entrar en el puerto por la barra el viajero corta diagonalmente el río, embarcándose en *Aldea Gallega* ó en *Valle de Zebra*; después de haber atravesado los arenales del *Alem-Tejo*, no deja de ser por eso menos encantador el aspecto que presenta la elegante ciudad, cuya magnificencia se ostenta de una vez y en toda su extensión por esta parte, sin que jamás los ojos se sacien de admirar tanta y tanta belleza, aglomerada en el recinto de aquella gigantesca matrona, asentada magestuosamente á la orilla del caudaloso río que sus pies besa blandamente, durmiéndose al arrullo de sus corrientes cristalinas aguas; y por último, si ávido de nuevas emociones, el extranjero quiere embarcarse en *Vala de Azambulla* ó en *Villanueva de la Reina*, situada hacia el Norte, descendiendo por el Tajo en un vapor pequeño, todavía podrá experimentar las que le proporciona tan agradable travesía, aunque ahora la ciudad lusitana, á la manera que un avaro, en lugar de mostrar sus riquezas de una vez, las irá presentando de una en una, dándole tiempo de admirar en detall sus perfecciones.

Una vez llegado á Lisboa, por cualquiera de los tres puntos mencionados, y después de haber desembarcado á la izquierda del *Terreiro do Pazo*, frente al ministerio de la Guerra, la admiración del forastero sube de punto al ver de cerca la magnífica plaza y el suntuoso monumento que la decora, la estatua ecuestre del rey don José I, los edificios que la forman y el magnífico arco que da entrada á la *rua Augusta*, digna del nombre que lleva, por su amplitud, hermosura y regularidad.

Lisboa se encuentra situada á la márgen derecha del Tajo á su desembocadura en el Océano, á los 38° 43' latitud Norte, y los 9° 9' longitud Oeste de Greenwich; dista de Madrid 123 leguas, 375 de París y 390 de Londres; su clima es sano, templado y delicioso. Capital de la metrópoli y residencia de la corte, esta ciudad es uno de los diez y siete distritos administrativos en que está dividido el reino; residiendo también en ella el patriarcado y arzobispado metropolitano de la Estremadura portuguesa; la primera división militar; los tribunales supremos de justicia, civiles y militares; el Tesoro público; el Tribunal mayor de cuentas, y demás dependencias principales del Estado.

(Se continuará.)

FEDERICO PEREZ DE MOLINA.

CIEN AÑOS DE VIDA.

(CUENTO-LEYENDA.)

I.

Ruperto era un joven de veinte años: sus fuerzas físicas se hallaban muy desarrolladas, tanto que causaba la admiración y la envidia de todos los mozos de su pueblo, pues era el

primero jugando á la barra ó á la pelota, no tenía rival para manejar un caballo por brioso que este fuera, y era de ver cuando el día del santo patron soltaban una vaca las suertes y primores que con ella hacia. Por lo demás, no era ni tonto ni discreto, pero el cura y el maestro de escuela lo tenían por el mozo mas listo de la aldea, el boticario no tanto, pues llevaba muy á mal que cortejara á su novia, y en cuanto á su padre lo consideraba un sabio: no era feo ni buen mozo, pero las muchachas del lugar le miraban con buenos ojos y le encontraban de arrogante figura: es de advertir que su padre tenía una labor de seis pares de mulas.

Ruperto, por su parte, no había formado una idea exacta de sí mismo: creía, no obstante, que para algo estaba en el mundo, y en este concepto formaba allá en sus adentros una multitud de proyectos á cual mas grandiosos; pero habían trascurrido cinco años desde que salió de la escuela, y aunque en ese tiempo había proyectado tantas cosas, no había llegado á realizar ninguna, ni aun á desbancar al boticario quitándole su novia á quien quería en extremo, por la sencilla razón de ser la única muchacha del pueblo que no le hacia caso. Por lo demás, pensaba, y con sobra de razón, que habiendo tardado tanto en formar sus extraordinarios planes para el porvenir, debía tardar muchísimo mas para ejecutarlos: esta idea tenía que conducirle naturalmente á meditar sobre la brevedad de la vida humana. En efecto, este pensamiento era el que mas le preocupaba. Todas las tardes tenía la costumbre de dar un paseo por los alrededores del lugar, sentándose para descansar al pie de un hermoso castaño, cerca del cual se hallaba un manantial de abundantes aguas: allí después de apagar su sed se entregaba á sus meditaciones mirando con envidia aquella corriente que mansa se deslizaba por un estrecho arroyuelo, y que tantas veces habría sido testigo de las campesinas fiestas de sus compatriotas desde tiempo inmemorial, y seguiría siéndolo probablemente hasta la consumación de los siglos.

Una tarde en que se hallaba mas preocupado que de costumbre, y confiado en la soledad de aquel sitio, no pudo por menos de prorrumpir en el siguiente monólogo.

«¿Quién como tú, fuente dichosa, que tan larga vida cuentas, sin haber tenido para ello otros merecimientos que saciar la sed del transeunte, retratar el rostro de alguna linda muchacha que sonriendo te contemplaba, y bañar el pie de estos verdes arbustos que á tu orilla crecen; si yo pudiera contar nada mas que cien años de tu vida, llenaría el mundo con la fama de mi nombre y de mis hechos!»

Pronunciadas estas palabras quedóse silencioso y pensativo, meditando sobre lo mismo, cuando héte aquí que siente en su hombro un ligero golpecito: vuelve entonces la vista, y se encuentra con un hombrecillo de exigua estatura que le miraba con descaro, pero con benévola sonrisa: maravillado con aquella extraña aparición, y un si es no es picado al observar el desfado de sus miradas, tardó algunos momentos antes de cruzar con él palabra alguna.

—¿Quién eres tú, preguntó al fin, que te hallas á mi lado sin haberte visto venir por parte alguna? ¿Qué pretendes de mí para mirarme de ese modo?

—Antes de responder á tu pregunta, repuso el hombrecillo, debo advertirte que no solo no pretendo nada de tí, sino que tú, por el contrario, eres quien de mí tiene necesidad.

—¿Cómo! exclamó Ruperto, ¿crees acaso que pueda necesitarte!...

—Y mucho: he escuchado tus palabras y yo puedo darte lo que deseas.

—¿Tú!... ¿Pero quién eres?... ¿Qué significa tu extraño lenguaje?

—Ten calma que vas á saberlo. Yo me llamo Tesifon, con mi aliento presto vida á esas cristalinas aguas, y soy el genio protector de los mozos que, como tú, tienen fe en el por-

venir y desean ardientemente trabajar en su favor y en el de sus semejantes.

—No comprendo...

—Ni es necesario tampoco. Ya sabes quien soy, ya te he dicho que he escuchado tus palabras, y como consecuencia de ellas me presento ante tí para decirte que te concedo cien años de la vida de este manantial, que desde este instante queda seco hasta que espire el plazo que te señalo. Anda, vé y goza de tu tiempo, yo me ofrezco también á auxiliarte en todo cuanto me necesites, solo con expresar tu voluntad; pero una cosa te advierto, y es que moderes tus deseos, pues de lo contrario será para tí un perjuicio el favor que te dispense.

Apenas concluyó de pronunciar estas palabras, cuando desapareció el hombrecillo dejando abortado á Ruperto, que al dirigir maquinalmente su vista al manantial, lo vió completamente seco, como su vision le había indicado.

Por fin salió de su estupor, y recordando perfectamente cuanto el genio le había dicho, levantóse del pie del castaño, resuelto á poner en práctica sus planes, no dudando un solo instante que el hombrecillo aquel tendría poder para otorgarle cien años de vida, cuando lo había tenido para detener el curso del agua y para aparecer y desaparecer como por ensalmo.

Echó á andar dirigiéndose á su casa y discurrendo sobre lo que le pasaba, cuando vino á atormentarle una nueva idea, y era la de por dónde empezaría á realizar sus magníficos proyectos, pues como eran tantos no sabía cual elegir. Entregado á tan profunda meditación, habíase ya dejado atrás las primeras casas del pueblo, y alzando al fin los ojos del suelo se le presentó ante ellos la imagen de Eusebia, la novia del boticario, que mas guapa que nunca, le miraba desde su ventana.

—¡Demonios de mujer, dijo para sí Ruperto, daría diez años de vida por vencer su obstinación!

No fue tan pronto cruzar esta idea por su mente, como observar que Eusebia le hacia señas para que se aproximara.

—¡Hola! murmuró entre dientes, parece que Tesifon empieza á favorecerme.

—Acercóse en efecto á la ventana, y allí supo por boca de su pretendida que esta había concluido con el boticario, y que se hallaba dispuesta á quererle.

—Si, concluyó Eusebia, después del tiempo que he pasado sin verte me pareces mas guapo que antes, sobre todo con ese bigote y esa perilla tan hermosos.

Echóse mano Ruperto á la cara al oír esto, y notó con grande asombro que Eusebia tenía razón, y que en vez del fino bozo que media hora antes le cubría el labio superior, se encontraba con mas bigote que un sargento de gastadores.

Concluida que fue su amorosa plática, se dirigió resueltamente á su casa, y tan preocupado se hallaba con cuanto le había acontecido, que no observó una multitud de variaciones que se habían verificado en su vivienda. Apenas entró en ella, llamóle su padre para manifestarle que había determinado trasladarse con él á Madrid, y que así lo harían en efecto pasado un año, tiempo que juzgaba necesario para dejar arreglados todos sus asuntos.

Era bastante entrada la noche, cuando se acostó Ruperto pensando en su viaje, en sus proyectos, en Eusebia, en el hombrecillo de la fuente, y sobre todo en su magnífico bigote.

Al día siguiente no se hablaba en todo el pueblo de otra cosa sino de los amores de Eusebia y de Ruperto, y se esperaba que muy en breve celebrarían la boda; pero es el caso que nuestro héroe no opinaba del mismo modo, y desde que se vió correspondido, no se acordaba gran cosa de su novia. Además, él era un hombre extraordinario: tan extraordinario

que le había crecido la barba en un momento mas que á otros en diez años; y esta circunstancia unida á sus buenas prendas y á los seis pares de mulas de su padre, le hacían concebir la idea de un matrimonio mas ventajoso que le uniera con la mas alta nobleza. No es de extrañar por lo tanto que, recordando el viaje á Madrid y el tiempo que debía mediar hasta que lo efectuase, exclamara lleno de fastidio alguna vez.

—¡Cuánto daría porque hubiese ya pasado un año!...

Y dicho y hecho: aquel mismo día le dijo su padre que todos sus asuntos habían terminado de un modo satisfactorio, y al despuntar el siguiente tomaron el camino de la corte.

(Se continuará.)

ADOLFO FARIÑAS.

CONSEJOS DE UNA MADRE Á SU HIJA.

Hoy cumples los quince abriles;
Hoy debes dar al olvido
Los años que han transcurrido
Entre juegos infantiles.

Ya estás lejos de ese ayer
Henchido de dulce encanto:
¡Abres tus ojos al llanto,
Que empiezas á ser mujer!...

Mujer ¡ay! flor desdichada
En un desierto perdida,
Por los vientos combatida
Y por el sol calcinada.

Mujer ¡ángel de dolor,
Que peregrino en el suelo
Vaga triste y sin consuelo
Sin arrimo protector!

Juguete del hombre altivo,
Que le tiende odiosos lazos,
Y al cansarse hecho pedazos
Le arroja á sus pies esquivo.

Mujer ¡ay! nombre fatal,
Que quebranto simboliza....
¡Prepara el alma á la liza,
Porque puede ser mortal!

Que aunque débil es tu ser
Y lleno de amor profundo,
Te condena injusto el mundo
A luchar siempre y vencer!

¡Horrible destino impío
Que en esta lucha sañuda
Tan solo vendrá en tu ayuda
El deber árido y frío!

Y aunque sangre brote el alma,
Aunque gimas delirante,
Debe ostentar tu semblante
La aureola de la calma:

Que el honor de la mujer
Espejo es de tal tersura,
Que una sombra aun la mas pura
Su esplendor le hace perder.

Es cual capullo encendido
Que el céfiro descolora,
Pues hasta el ¡ay! le desdora
Del corazón que está herido.

Oculto siempre tu llanto
A tu destino sumisa,
Que acoje el mundo con risa
De una mujer el quebranto.

Eres bella: mil galanes
Se postrarán á tu planta,
Mintiendo una pasión santa
Con solícitos afanes.

Deséchalos sin piedad,
Porque son de amor ajenos,
Y el que mas, te amará menos
Que á su necia vanidad.

Y antes que esclava gemir
De una engañosa ilusión,
¡Arráncate el corazón
Cuando le sientas latir!

—¿Y cuál es premio al dolor
De una lucha tan impía?
—¡La paz del alma, hija mía,
De los bienes el mayor!

Sí, la paz, y de ese mundo
Que hollarnos osaba necio,
Conquistar el alto aprecio
Y el homenaje profundo.

¡Pues si bien su lengua artera
Nuestro lustre y gloria empaña,
Desprecia á la débil caña
Y respeta á la palmera!

Y la que constante es
En la lucha aterradora,
De sí misma vencedora
El mundo abate á sus pies.

Y entonces el ser, que tierno
A la virtud enaltece,
Ese puro amor la ofrece,
Que es un rayo del Eterno.

Y ostentando blancas flores,
Emblemas de su pureza,
Vuelta al altar y allí empieza
De su vida los amores.

Y entonces es su ventura
Tan completa y celestial,
Que olvida el cáliz fatal
De su pasada amargura.

Y si mañana la muerte
Callada, impalpable y fría,
La sorprendiere, hija mía,
¿Qué importa si ha sido fuerte?

¿Si á su lado llorarán
Mis dulces seres queridos;
Si por siempre bendecidos
Sus pobres restos serán?

¿Si espira dando un perdón
Generoso á los agravios,
Con la sonrisa en los labios,
La calma en el corazón?

Recorre esa estrecha senda
Que á tal ventura te guía;
¡Hay en el cielo, hija mía,
Quien te juzgue y te comprenda!

ANGELA GRASSI.

UN CUELLO DE CAMISA HISTÓRICO.

Un viajero inglés pasó hace algun tiempo por la ciudad de Constancia, famosa por sus truchas, sus antiguas casas, su bella catedral, y sobre todo por la condenación de Juan Huss.

Después que el noble viajero (todos los viajeros son nobles...en viaje) hubo echado una mirada de admiración al lago, á las truchas y al asiento donde Juan Huss descansara otras veces, preguntó al que le acompañaba si había aun alguna cosa notable que no hubieran visitado. Este, golpeándose en la frente, contestó:—¡Pero si no ha visto usted nada!—¿Cómo que no he visto nada? esplicaos.—¿Ha visto usted el Museo?—¡Yo no sabía que Constancia poseía un museo!—Pues sí, y un museo magnífico, incomparable, que guarda las mas raras antigüedades. Verá usted objetos que pertenecieron á Conrado.—¡A Conrado!—Y á Carlomagno.—¡A Carlo-Magno!—Y á Scipion.—Y á Scipion! Vamos, vamos, murmuró el viajero inglés. No me marchó sin ver vuestro museo, ¿está abierto hoy?—Sí; todos los días está á la disposición del público.

Y el viajero se dirigió al museo, bastante de prisa, y después de haber dado las gracias al que le causaba una alegría tan imprevista como científica.

El primer objeto que le llamó mas la atención fue un fusil, y tras esto hasta otros once.—¿Cómo? gritó; ¡esto es prodigioso! ¡nunca hubiera creído que en tiempo de Carlo-Magno y Juan Huss, existiesen ya los fusiles de piston! ¡Yo creo estar en un sueño! ¡Esto es imposible! ¿Pues qué, los griegos y los ostrogodos conocían este invento de nuestros tiempos?...

Estaba aun nuestro viajero en medio de sus admiraciones, cuando creyó percibir...

—¡Ah esto es ya demasiado! dijo riendo y mirando al lado de cuatro armaduras romanas.

¿Pero qué había visto? preguntamos á nuestro turno.

Había visto entre una dalmática de Carlos V y un gorro de Barbaroja, doce relojes que en aquel momento, andaban con la mas estricta regularidad.

¡Relojes! ¡Fusiles de piston! ¡En un museo de antigüedades! ¿Conocieron acaso los vándalos, relojes? ¡Si fuere así, se sabría la hora

y el minuto en que Atila entró en Roma, si Atila hubiera tenido una saboneta ó una repetición!

—Decidme, dijo el viajero inglés, al conservador de las sabonetas; decidme, en nombre del viejo Rhin que baña estas orillas, ¿por qué encuentro aquí, relojes y fusiles de piston?

—¡Nada mas natural!—¿Cómo, nada mas natural!—Sí, nada mas natural.

Una princesa alemana había heredado de su marido, gran cazador, doce fusiles de piston de los que no sabía qué hacer, y los puso aquí para llamar la atención de los inteligentes. Están en venta ¿quiereis comprar alguno?—¡Oh vergüenza! pensó el inglés, ¿pero los relojes, y los relojes?—¡Ah! los relojes es ya diferente, respondió el extraño conserje del Museo; he sido yo el que los he puesto, porque habeis de saber que soy relojero para lo que gustéis mandar y sorprendido de que la princesa alemana se permitiese transformar nuestro museo en tienda de armería, para hacerle ver los inconvenientes de tal cosa, he establecido tambien un pequeño almacen de relojes. Son excelentes y están garantizados: no los encontrareis mejores en Ginebra: compradme éste; está arreglado al sol.

El inglés después de haber ahogado su cólera, y cuando pudo respirar con libertad, le dijo al conserje, quitándose su corbata.—Ved aquí un cuello de camisa; tomadlo, es una muestra de 3,000 cuellos, fábrica inglesa, que haré traer de Birmighan á vuestro Museo cuando vuelva á mi patria. Entre tanto, colgado con un alfiler contra la pared, entre los relojes y los fusiles de piston.

Y el cuello del viajero inglés, está aun en el Museo de Constancia, donde hace la desesperación de los visitantes arqueológicos.

Traducido por AURELIANO RUIZ.

A DON JOSE LOPEZ DE LA VEGA

EN EL FALLECIMIENTO DE SU AMADO PADRE.

ELEGÍA.

El corazón se oprime dolorido
al doblar de la fúnebre campana,
porque es de muerte el lúgubre tañido.
Al eco ronco de su voz insana
despiértase el mortal despavorido
y estremécese al par la raza humana.

Del metálico son los tristes ecos
¡murió! ¡murió! repiten, vuestro hermano;
rogad por él, ¡oh corazones secos!
Ya su cuerpo será polvo villano,
y allá en el centro de sus ojos huecos,
labrará su morada el vil gusano.

Al inclinar el hombre su cabeza
humillado murmura al ver la fosa:
¿este es el fin de la mortal grandeza?
Y alzando al cielo la mirada ansiosa
«este el principio de inmortal riqueza»
la fe le dice con su voz hermosa.

Pero en tanto repite acongojado
un pecho amigo que el dolor lacera:
¡murió, murió! mi padre idolatrado.
Y por su rostro en tímida carrera
lágrimas varoniles han bajado
donde el alma sensible reverbera.

No llores, no, le dije, pobre amigo;
pues solo alcanzarás, mal que te cuadre,
hacer al mundo de un dolor testigo.
No la pena cruel tu sien taladre,
que Dios le ofrece en su morada abrigo;
y tú me respondiste: ¡Era mi padre!!

Lloro perdido mi mejor encanto
bajo la losa fría y funeraria;
¿cómo pretendes mitigar mi llanto?...
Tu pena respeté; tu dolor santo,
y alzando al cielo férvida plegaria
por el justo varon rogué entre tanto.

CONSTANZA VERA.

PAUL DE KOCK.

Hay en la literatura francesa un hombre que ha escrito muchísimo desde hace veinticinco

años, y del cual apenas se ha dicho hoy una palabra: los críticos le dejan escribir tanto cuanto quiere, sin dignarse echar una ojeada en sus trabajos. Nos referimos á monsieur Paul de Kock, novelista que hoy vuelve á estar en boga en España, razón por la cual creemos que nuestros lectores verán con gusto algunos detalles acerca de este simpático escritor.

Mr. Paul de Kock, el autor favorito de la clase media, es un hombre de 65 años próximamente, pequeño de cuerpo, rechoncho, de una fisonomía abierta, jovial y simpática, y

de un carácter amable y franco. Paul de Kock es tal como uno se le figura por sus novelas. Hace treinta años, casi desde la época en que empezó á escribir, que vive en el boulevard de San Martín, en el entresuelo de la casa número 12, no lejos del teatro. Desde la ventana de aquel modesto alojamiento ha estudiado el pintor de costumbres populares sus graciosos tipos, de los cuales es centro y núcleo el barrio en cuestión.

Envuelto en una bata de franela azul, con la cabeza cubierta por un gorro de terciopelo

elegantemente bordado, y con sus anteojos sobre la nariz, Paul de Kock permanece horas enteras apoyado sobre el alfeizar de su ventana, parecida á un primer palco abierto sobre el eternal espectáculo de las agitaciones de un gran pueblo.

La morada de Paul de Kock es sumamente sencilla, casi incómoda por su estrechez, y si no la han abandonado hace ya mucho tiempo, es porque ha creído muy difícil encontrar un observatorio semejante, que reúna las condiciones apetecibles de capacidad y holgura.



El sueño de los quince años.

Sobre la fachada no tiene sino dos piezas: un salón y un dormitorio que sirve también de gabinete de estudio al célebre novelista. El salón no ofrece ninguna particularidad digna de ser enumerada, y el mueblaje es modesto por excelencia: butacas encarnadas, grabados puestos en marcos, algunas porcelanas de Sevres y el famoso velador cargado con el indispensable servicio de café; hé aquí en resumen todo lo que allí se encuentra.

La segunda habitación, santuario del trabajo, ofrece más interés. La ventana, que dá sobre el boulevard, es espaciosa y de fácil acceso. Las señales de la barandilla dejan conocer que el escritor se apoya frecuentemente.

Junto á la ventana se halla colocado el escritorio, un simple escritorio de cedro que figuraría dignamente en la trastienda de algún mercader de gorras ó de calcetines. Ningún accesorio, ninguna originalidad campea sobre él: Paul de Kock escribe sus novelas como un tendero sus cartas á los corresponsales. Todo se reduce á una escribanía de porcelana blanca, á una caja de plumas de acero, con media docena de mangos, y una taza de madera para la arenilla; que no es de polvos de oro, sino de purísimo aserrín. Como se ve, nos hallamos á cincuenta mil leguas de las suntuosidades de algunos escritores mejor alojados, aunque menos célebres.

El principal ornamento de esta pieza, larga y estrecha como el alma de un vizcaino, es un estante construido de sencillas tablas de pino, enrojecidas por los años, el cual contiene sobre quinientos volúmenes. El primer compartimiento soporta las obras completas del célebre novelista. Allí están todas sus ediciones; desde el volumen en octavo, lleno de blancos, hasta las ediciones belgas plagadas de erratas.

Paul de Kock ha sido objeto de una soberbia edición, por el estilo de Walter Scott y Cooper, adornada de hermosos grabados en acero. Hállase, con justicia, orgulloso de esta edición que no han obtenido otros novelistas mucho más literatos, tales como Julio Sandeau, Leon Gozlan, Jorge Sand, Méry, Eugenio Sué, etc., etc. Pero al mismo tiempo que esta edición le llena de orgullo, causa también su desgracia; ella le recuerda incesantemente el contrato ruinoso celebrado con un editor en los tiempos en que el novelista no podía prever su futura celebridad, contrato consistente en la propiedad de todas las obras que escribiese en cierto número de años, cuyo plazo acaba de espirar. Paul de Kock, lamentándose un día de su inesperienza ó de su antigua modestia, aseguraba que perdía en el negocio más de 60,000 francos.

Todos los volúmenes de la citada biblioteca

están encuadernados con particular esmero; no bien imprime un nuevo manuscrito, va á ocupar su puesto entre los otros, cubierto de tafete verde con adornos dorados. Este esmero por sus propias obras es una especie de dignidad que no nos disgusta ver en casa de un escritor.

Una modesta cama de nogal, baja como un lecho de campo y sencillamente adornada de una cortina persa, un *lavabo* con tapa de mármol, un confidente y un sillón forrado de cuero, completan el modesto ajuar del cuarto donde se desliza la vida laboriosa del hombre honrado y del fecundo escritor, mucho más conocido en el extranjero que en Francia. Ciertamente que Paul de Kock no posee grandes cualidades literarias; pero también lo es que por su sencillez, su naturalidad, su alegre franqueza, su esquisito sentimentalismo y su profunda observación, merece ocupar un puesto distinguido en la literatura contemporánea, puesto que no obtendrán de seguro muchos escritores mucho más celebrados que él por la apasionada trompeta de la Fama, los cuales dejan asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa siempre que hablan del hábil é ingenioso pintor de costumbres.

Paul de Kock ha llegado á formarse una posición desahogada, á pesar del contrato ruinoso de que antes hicimos mérito. Hoy posee

en Romainville, campiña donde frecuentemente ha colocado el teatro de sus novelas, una deliciosa quinta, en la cual vive una gran parte del año. En ella ha hecho construir un teatro donde se representan, casi en familia, algunas piezas suyas que despues van á parar á los teatros secundarios. Pero sea dicho en honor de la verdad, Paul de Kock, vale mu-

cho menos como autor dramático que como novelista: ¡cosa original! sus comedias son lánguidas y tristes como un entierro.

Su hijo, Enrique de Kock, se ha dedicado especialmente á la escena, y ha conseguido repetidos triunfos así como en la novela.

En resumen, Paul de Kock es uno de esos hombres honrados, simpáticos y amables,

cuyo apellido, á pesar de la indiferencia contemporánea, permanecerá siempre encarnado en las costumbres francesas del siglo XIX.

APOLO Y LAS NUEVE MUSAS.

Apolo es el dios de la poesía, de la música y de todas las obras del genio. Su morada es el



PANORAMA UNIVERSAL.—Vista de Alejandria del Piamonte.

Pindo y el Parnaso, eminencias del Helicon, de donde nace el Hipocrene, manantial que brotó de la cox del famoso Pegaso. Este aéreo corcel, con sus estensas alas, figura el genio.

Apolo, con la lira en la mano, coronado de palma y laurel, preside la celeste Academia de la nueve musas, hijas de Júpiter, el padre de todos los dioses, y de Mnemosina, diosa de la memoria. Virgenes jóvenes y modestas nos representan á las nueve hermanas, con las alas que Júpiter les concedió para que pudiesen li-

bertarse de las asechanzas y violencias de Pireno, rey de Trasia, que las perseguía enamorado.

Clio es la musa de la *historia*; ella inscribe en las doradas páginas de su libro los grandes nombres y las acciones notables, dignas de inmortal memoria. Los sabios, los héroes y los poetas, ocupan su hermoso libro, cuyos caracteres de oro, ni las edades ni los elementos borran.

Caliope anima con su trompa épica á los can-

tores de las famosas hazañas y de las acciones sublimes.

Melpómene agita el *trágico* puñal en su diestra, y plega su roja vestidura el boreas de las pasiones desenfrenadas.

Talia cubre su rostro con la máscara de la ficción; y asoma á sus labios la risa de la alegría.

Erato pulsa las cuerdas divinas de la lira del amor y canta sus dulces trovas con armonioso y modulado acento.

Euterpe saca de su flauta esos sonos que conmueven el alma, unidos á la cadencia de la poesía.

Polimnia, con su elocuente voz, arrebató á su auditorio.

Urania, con el compás en sus manos, mide la carrera de los astros, de esos brillantes soles que pueblan la inmensidad del espacio, de donde brota el calor y la vida de los seres y las plantas.

Terpsicore, en fin, la sílfide aérea de esbeltas formas y pie rápido, danza voluptuosa en torno de sus compañeras.

Apolo no es solamente la divinidad de las bellas artes, es también el dios del día, de la luz.

Su frente resplandece á los rayos del sol divino, y la aurora, la virgen de ojos brillantes y mejillas de rosa, le abre las diamantinas puertas del Oriente.

AURELIANO RUIZ.

EL RIO DE LAGRIMAS

Ó RUSIA EN POLONIA.

Con este título acaba de publicarse una bellísima leyenda histórica del apreciable escritor don Cecilio Navarro, y que hace poco tiempo vió la luz pública en *El Museo Universal*.

No es nuestro ánimo hacer un juicio crítico de la obra. El señor don Francisco de P. Entrala, conocido literato, ha juzgado con entera exactitud el libro que nos ocupa en el prólogo-carta dirigido á su autor y del cual tomamos las siguientes líneas.

«*Rusia en Polonia* no es tampoco una leyenda, sino una novela consumada; no es novela tampoco, sino un libro perfectamente ajustado al sentimiento, verdadera y única regla del arte cristiano; un poema escrito con hiel para los tiranos, con llanto de su corazón para las víctimas; un compendio magnífico de todos los horrores, de todos los escándalos de Rusia en Polonia...; un cantode gloria entonado á la memoria de los mártires; una síntesis inimitable de todas las virtudes y de todos los dolores; un flúido simulado para llevar los ánimos de todos hacia ese gran pueblo, urna santa de glorias nacionales, y á la vez recriminación viviente de todas las Rusias.»

Hay en este libro, que bien pudiéramos llamar flor, regada con lágrimas, una familia síntesis de los sentimientos de Polonia.

En vano intentaríamos hacer un estudio de sus tipos; todo cuadro sería descolorido; todo retrato imperfecto. Ella reasume en los mas sublimes rasgos, el amor al hogar, la virtud, el heroísmo. Una madre dulcísima que sufre el rigor de los tiranos sin que nadie le preste auxilio en su desgracia, sin que un grito generoso proclame su inocencia, es la expresión mas genuina de Polonia, de ese pueblo gigante en su pequeñez, llevado al sacrificio en hecatombe impía, sin que la voz de la justicia proteste de su inocencia. Tal es Marta, la noble, la santa, la humilde; tierna creación del poeta, nacida para sufrir como el pueblo que simboliza. Irene es la virgen pura que ve marchitarse su lozanía al emponzoñado soplo de un vil seductor. Ziclinski, es el sacerdote que enjuga el llanto del triste; él presta su dulcísimo consuelo al desgraciado; él estiende, como un ángel protector, sus alas al que falto de aliento vá á sucumbir y entona, como el pueblo cautivo, el eterno canto *super flumina Babilonis* que brota de sus labios semejante al suspiro de su infortunada patria.

Pero basta; ¿á qué mas? No somos, por cierto, dignos de juzgar este libro. Lo dicho es una exclamación espontánea, hija de nuestro entusiasmo al leer sus páginas tiernísimas y conmovedoras que no es posible leer sin derramar una lágrima, á las que ellas encierran. Damos la enhorabuena al señor Navarro por su encantadora creación, que no dudamos merecerá las simpatías de toda la prensa, y de las personas amantes de la justicia y de la virtud. Vamos á

terminar, citando algunas palabras del libro que nos ocupa.

«Rusia asesina á Polonia.

Rusia es el *czar*.

El *czar* cree que hace lo justo, porque sus gentes lo aplauden.

No.

Cuando Neron envenenó á su hermano, le hizo creer su pueblo que habia salvado á Roma; cuando degolló á su mujer, proclamó á voces su justicia; cuando asesinó á su madre, besó de hinojos su mano parricida.

Rusia, pues, te aplaude.

Pero ¡oh *czar*! hasta Turquía te condena.»

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

ADVERTENCIA.—*El Rio de lagrimas ó Rusia en Polonia*, se halla de venta en la librería de don Leon Pablo Villaverde, calle de Carretas número 4, al precio de 8 reales ejemplar.

EL SUEÑO DE LOS QUINCE AÑOS.

Reposa tranquila el alma en esa edad bellísima, que es como una senda cubierta de flores al borde de un abismo.

¿Qué se piensa entonces?

Nada.

¿Qué se sueña?

Todo.

La imaginación corre con ansia tras el perfume del amor y los laureles de la gloria.

Y encuentra el verdadero amor correspondido en el primer objeto que se lo inspira; pero es en sueños.

Y arrebató el laurel de la gloria al primero que quiere disputárselo; pero soñando.

Y cuando despierta de su letargo algunos años después ¡ah! no hay para el alma amores correspondidos, no hay laureles conquistados sin esfuerzo; solo se encuentra lo único que en los sueños hubo de realidad; la mentira.

Y al querer hacerse dueño de la ciencia de la vida, comprende que en este mundo, todas las cosas se ven turbias, miradas á través del limpio cristal de la verdad.

P. DE A.

A UNA RUBIA.

Reniego de mi musa,

Cien mil veces reniego,

Pues espresar no sabe

Lo que mis ojos vieron;

Lo que no se atreve

Lo que escribir deseo,

Lo que mi dicha hizo,

Lo que con ansia quiero,

Lo que mi pecho inflama

Y lo que tanto anhelo.

No es musa, si no canta

Esos ojos de cielo,

El sencillo peinado

De tu rubio cabello,

La suavísima púrpura

Que en tus mejillas veo,

Y la blanca mate

De tu divino cuello;

Tu gracioso vestido

Que añadiera á tu cuerpo

Mil gracias, si él no fuera

El *non plus* de lo bello;

Y tu amable sonrisa,

Y tus dientes pequeños,

Y todo lo que digno

En tí de dioses vemos....

Mas ¡ay! que tu hermosura

Explicar yo no puedo;

Todo lo que consigno,

Todo lo que enumero,

Son las cosas que el mundo

Cada día está viendo:

Lo que decir quisiera

Es el poder secreto

Que á tu lado me arrastra,

Que me quita el sosiego,

Y que solo me esplico
Ciegamente creyendo,
Que tu alma es mas hermosa
Muy mucho que tu cuerpo.

Vaya que estoy hoy torpe;
¡Maldigo del infierno!
Que frio es cuanto digo
Y eso que estoy ardiendo;
¡Musa de los demonios!
Huye, yo te desprecio,
Ya que espresar no sabes
Lo mucho que yo siento.....

Mi pobre musa entonces
Se disculpó diciendo,
Que solo Dios podría
Hacer lo que yo quiero;
Que el canto de Zorrilla
Pareciera de hielo,
Tratándose de un ángel
Y de un ángel tan bello.

Perdonéla yo entonces,
Abandoné mi empeño
Y ya, solo adorarte
Es, niña, mi deseo.

A. V. G.

LA CONCIENCIA.

El vetusto Hotel Dieu, que va á demolerse en París, tiene como todos los antiguos edificios, sus leyendas y tradiciones, que, reunidas, formarían un libro bastante curioso.

Hé aquí una de estas últimas relativa al famoso *Salon de muertos*, del cual circulan muchas fábulas mezcladas de hechos verídicos.

Es esta una sala subterránea donde se depositan sobre mesas de mármol, los cadáveres que la ley obliga á detener allí veinticuatro horas, por lo menos, antes de sepultarlos.

A los muertos se les estiende sobre grandes paños negros en este subterráneo sombrío y glacial. Un altar de mármol negro se eleva en el fondo, sobre el cual hay un crucifijo de bronce y cuatro candeleros de plata. Una lámpara de iglesia pende de la bóveda, arrojando una vacilante luz sobre este espectáculo sepulcral.

Hace algun tiempo el guardian de la sala de muertos era un pobre dependiente del hospital, que de empleo en empleo habia venido últimamente á recibir este último cargo.

Sin respeto á la muerte, este hombre vivía en una irreligiosa indiferencia buscando siempre sobre cualquier cadáver alguna alhaja olvidada, en el despojo que precede al depósito, en aquella silenciosa estancia de la muerte.

Una tarde llevaron el cuerpo de un joven obrero, muerto de hidropesía, y cuyo vientre estaba horriblemente hinchado. El guarda, apenas se encontró solo, acercóse al cadáver y descubrió, bajo sus largos cabellos, dos anillos de oro pasados en las orejas. Vá á cogerlos... siéntese un ruido... alguno baja: el profano teme ser sorprendido; arranca las alhajas y huye.

Es costumbre atar á las manos de los cadáveres, que pasan allí las veinticuatro horas estremas que preceden á la sepultura, el cordón de una campanilla destinada á avisar en el caso, no sin ejemplo, en que la muerte es solo aparente.

El guardian volvió y amarró con el cordón las manos del cadáver, y acercándose la noche se retiró á un cuarto inmediato donde tenía su cama, á la cabecera de la cual se encontraba la campanilla de las *resurrecciones*. Pasaron algunas horas y nuestro hombre, después de examinar lo que habia robado al muerto, lo ocultó en un agujero de la pared, durmiéndose con la mayor calma sin ocuparse de su espantosa vecindad. Dieron las doce....

«*Heure lente á passer sur les fronts criminels.*»

Cuando el reló de Nuestra Señora daba la última campanada, hizo sentir su vibración la campana de los muertos. Despertó repentinamente el guardian, sentóse sobresaltado sobre la cama....

Creyó al pronto ser juguete de una pesadilla, y miró con terror la campana cuya vibración resonaba aun en sus oídos; un sudor frío inundó su frente pálida, cayendo sobre sus ojos. Recordó su robo sacrilego... quiso dudar... pero un segundo golpe de la campana, mas imperioso y retumbante que el primero, resonó de nuevo....

Sin género ninguno de duda, el guardian cayó aterrado en el suelo dando gritos que por fortuna fueron oídos. Acudieron otros dependientes, y lo hallaron livido, señalando la campana; sólo pudo articular dos palabras, y acto continuo se dirigieron sus compañeros al salón de los muertos.

¿Qué había sucedido?

Una cosa bien natural.

El abdomen del hidrópico se había comprimido por dos veces, y este doble movimiento había agitado las manos cruzadas sobre el vientre, y la campana había obedecido á la tirantez del cordón que lo sujetaba.

Al volver al cuarto del guardian se lo encontraron muerto.

NO VERTE ES MORIR.

La suerte tirana
me aleja de tí,
mal haya la suerte
mil veces y mil;

¿Por qué si no vivo
sin verte, perdí
por un día entero
tu grato reír?

Y un día es un sig'lo,
No verte es morir.

Son luces tus ojos,
mi niña gentil,
que inundan el alma
de amor hacia tí:

Mirándolos s' lo
me juzgo feliz,
y en tanto la suerte
colócame aquí,

Do triste y lloroso
No verte es morir.

Tu boca es tan linda
cual nunca la ví,
y exhala en su aliento
aroma y jazmin;

En tanto tus labios
de rojo alelí,
amante sonrisa
los hace fruncir,

Y yo me repito
No verte es morir.

Si son tus mejillas
dos rosas de abril,
según su frescura
y el bello matiz;

Si tienes la frente
de puro marfil,
y al verte en el pecho
que amaba sentí;
¿No quieres que diga?
No verte es morir.

Si son tus cabellos
de seda, y en fin,
tu talle tan lindo
que puede servir

De tipo de gracias
á un diestro buril;
¿comprendes la pena
que sufro yo aquí?

Pensando estás lejos
No verte es morir.

Si á par de las gracias
que no sé escribir,
un alma de ángel
juntó Dios en tí;

Si aquel que te mira
se siente feliz,
llorando yo ausente
¿cuán bien comprendí!

Que verte es mi vida
No verte es morir.

ADRIAN VIUDES Y GIRON.

MARÍA.

María es una niña de quince años, tan bella como un ramo de jazmines. Tan pura, como el suspiro de un ángel. Tan tierna, como el cariño de una madre.

María es una joya que guardan con afán don Antonio y doña Rosalía, venerables ancianos que en las noches de invierno se entretienen en contemplar á su nieta al amor de la llama de la chimenea, evocando á la pobre huérfana el recuerdo de sus padres, que fueron víctimas de una epidemia que llenó de luto á la provincia de Alicante.

Es el año de gracia de 18... El día 30 de setiembre.

Han sonado las nueve en el reló de la Colegioal.

La noche es triste como el pensamiento de un reo en capilla.

Llueve, graniza y trueno. La ciudad parece envuelta en una negra capa; tal es la oscuridad que reina en ella. Oscuridad que hace aparecer mas brillantes los relámpagos que iluminan el cielo. Oscuridad que aumenta mas el horror que experimentan los habitantes de la reina de las playas.

Todo es silencio en la antigua Lucentum.

Todo silencio y calma.

Parece que todo está dormido. Sin embargo, venid conmigo y atravesemos la calle de...; á su extremo hay una imagen ante la que la tenue luz de un inquieto farolillo parece que va á apagarse.

Esa luz, que es la fórmula del sentimiento religioso del pueblo español; esa luz, que es la manifestación de sus creencias, es tambien la imagen del corazón de María en estos instantes.

Como se va apagando la luz, así se estingue la vida de María.

María, la delicada flor del valle, toda belleza y perfume, no es ya mas que una hoja seca que arrastra el huracán.

Porque María, que amaba con un amor tan puro como inmenso, ha sufrido un desengaño y su salud se ha quebrantado, y la vida huye de su cuerpo, porque su alma busca en el cielo el amor que no ha podido hallar en la tierra.

María tiene su ventana frente á la imagen que hay al extremo de la calle de...

Al pie de su reja oyó mas de una noche promesas que ella creyó que habian de cumplirse, juramentos á los que pensaba que no podia faltarle; y estas promesas y estos juramentos hace un año que se los habian hecho á la débil luz de la luna cuando todo era calma, belleza, paz y sosiego.

María, desde que conoció que es el amor una mentira, desde que en el silencio de la noche no recoge los cantos de amor y de ternura que exhalaba en torno suyo un alma al parecer tierna y apasionada, no puede vivir; y siempre está repitiendo á las jóvenes de su edad que pasan por la calle delante de su ventana:

«No te fies de los hombres
aunque digan, bien te quiero,»

porque María está loca; porque su alma inocente y pura, al sentir una pasión vehemente, creyó que nunca podria hallar en cambio de su abnegación y de sus continuos sacrificios, olvidos y desengaños.

F. ROVIRA AGUILAR.

LA ROSA Y LA VIOLETA.

Era una flor, que pura y olorosa,
Mostrábase altanera
Como la flor mas rica y mas hermosa;
Era una linda rosa

Abierta al grato sol de primavera.
Natura le prediga sus favores,
El sol, su ardiente rayo,
El arroyuelo, espejo á sus colores,
Sus puras brisas mayo,
Y la pintada mariposa, amores.

Al lado de esta rosa que crecía
Tan hermosa y coqueta,
Que superior á todas se creía...
Humilde aparecía
Una modesta y pálida violeta.

Oculto entre las hojas, la mirada
No se detiene en ella;
Mas del sol á los rayos abrigada,
Prefiere su morada
Al alto trono de la rosa bella.

Un día, pues, la encantadora rosa
Ante la cual se inclina
El sol, el río, el aura cariñosa,
La bella mariposa...

Díjole con desden á su vecina:

«Tú destino es cruel, violeta triste,
Que creces en la sombra.

¿Por qué ese traje pálido te viste?

¡Pobre flor, tú naciste
Para servir á mi rosal de alfombra!»

Esto dijo... mas ¡ay! cierzo irritado
Tronchó su tallo esbelto,
Y en alas de huracán que ruge airado
Su ropaje encarnado
En torbellinos mil voló revuelto.

¡Así murió la flor tan orgullosa!
Y la pobre violeta,

En su humilde morada
De fresco y verde césped rodeada,
Oculto entre las hojas, defendida
Del huracán, su vida

Salvó... y aquella rosa que creyera
Ser la reina gentil de la pradera,
¡Ay! ¡no dejó de su existencia vana
Ni un átomo siquiera!

*La modestia es virtud, ¡triste quimera
La vanidad humana!*

REMIGIO CAULA.

SUETOS VARIOS.

El olor del lirio, aspirado al aire libre, no hace daño; pero dentro de un cuarto cerrado es muy peligroso.

Hé aquí un ejemplo citado por *La Opinión Nacional*:

«Mad. C. recibió dias pasados la visita de una de sus amigas, que reside en el campo, y que, conociendo su alicion á las flores, le trajo un enorme ramo de lirios.

»Colocó provisionalmente en un gran jarro que estaba en un gabinete donde dormía su hija, niña de seis años, de una constitución débil y enfermiza. Por la noche se olvidó de sacar las flores, y la puerta del gabinete quedó cerrada.

»Al día siguiente, Mad. C., sorprendida de no oír, como de costumbre, la charla de la niña, fué á ver si dormía. Su sueño no le pareció natural, por cuyo motivo trató de despertarla. Asustada, llamó á un médico, quien despues de examinarla declaró que la pobre niña habia sucumbido á la asfixia, determinada por el ácido carbónico que se habia desprendido de las flores encerradas en el gabinete.»

La crónica de la corte del vecino imperio atribuye á la embajadora de Inglaterra la siguiente agudeza:

Parece que se desbocaron por un momento los caballos del carruaje imperial, conducidos por un postillon, y que al volver á palacio el emperador, á quien acompañaba lady Cowley, le dijo á ésta:



MÁXIMAS DE LA BIBLIA.—El que se compadece del pobre honra al Señor.

—¿Sabeis que hemos estado á pique de morir juntos?

—¡Al contrario, señor, contestó la embajadora, no he tenido mas probabilidad que la de hacerme inmortal!

El tribunal correccional de París ha condenado á cuatro años de prision á un cartero por la manera original que tenia de desempeñar los deberes de su empleo.

Parece ser que el tal funcionario recogia la correspondencia y los periódicos en la administracion, y para concluir pronto el reparto, echaba las tres cuartas partes de una y otros en una especie de buhardilla ó zaguizami, donde servian de pasto á los ratones de la vecindad.

Pero no es esto lo gracioso del cuento.

—Acusado, le preguntó el juez en la audiencia, ¿por qué no llevabais, como era de vuestra obligacion, las cartas y los periódicos á sus destinos respectivos?

—Porque tengo muy mala memoria, señor presidente.

—¿Y qué tiene que ver la mala memoria con la criminal negligencia de que nos ocupamos?

—Mucho, señor presidente: por mas que hacia, me era imposible acordarme nunca de las señas de los individuos.

—¡Pero, acusado, eso es absurdo! Las señas se hallan espresadas en los sobres...

—Sí, señor presidente.

—¿Entonces?

—De lo que yo no podia acordarme, por de pronto, era de la situacion de las calles á donde debia llevar las cartas.

—¿Y por qué no devolvíais esos documentos á la administracion, para que allí los enviasen á los interesados?

—Porque tenia esperanzas de que, poniéndolos en depósito, se me refrescaria al fin la memoria, y podria entregarlos yo mismo á

sus dueños, sin dar á conocer mi enfermedad.

—¡Detener la correspondencia pública!... Ese es un verdadero delito; ¡pero entre los papeles hallados en ese malhadado depósito, hay muchos que tienen un año de fecha! ¿No comprendiais los inmensos perjuicios que necesariamente debia ocasionar á los interesados esa detencion?

—Sí, señor presidente, ahora los comprendo.

—¡Cómo! ¿ahora es cuando los comprendéis?

—Digo ahora, porque, despues de poner los papeles, esperando recordar las señas, mi memoria es tan infeliz, que no me acordaba del sitio en que los habia dejado.

En vista de la conducta y del sistema de defensa de este pobrecito desmemoriado, el tribunal ha creido oportuno ponerle á la sombra por espacio de cuarenta y ocho meses, para ver si de este modo se fortifica un poco la primera potencia del alma de este nuevo archivero de papeles públicos.

La medicina legal ha hecho rápidos progresos de algun tiempo á esta parte.

Actualmente está llamando la atencion en Lóndres un experimento hecho por un médico inglés que se propone devolver al rostro de un cadáver en estado de descomposicion el conjunto de sus facciones, hasta el punto de que se le pueda reconocer perfectamente.

El experimento se ha hecho en un ahogado, cuyo rostro no tenia ya forma humana.

El cadáver fue puesto en una disolucion de sal comun, á la que se añadieron algunas sales de sosa. Se le inyectó en las venas un cloruro de zinc y hierro disueltos en agua de cloro.

Parece que la tintura negra que cubria el cuerpo del ahogado desapareció, sustituyéndole el color lívido de un cadáver poco despues de la muerte.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

Si amas la vida, economiza el tiempo, porque de tiempo se compone la vida.

Francklin.

Las mujeres son como las veletas; cuando se enmohecen es cuando empiezan á estar fijas.

Los capítulos matrimoniales son muchas veces el testamento del amor.

Cortada.

Gobierna tu casa, y sabrás cuánto cuesta la leña y el arroz; cria á tus hijos, y sabrás cuánto debes á tus padres.

Proverbio oriental.

Una revolucion es la demencia de muchos en provecho personal de unos pocos.

El que vive de esperanzas, se espone á morir de hambre.

Francklin.

Cuando algun amigo manirote te pida prestado, échate á calcular lo que mas te conviene perder, ó el amigo ó el dinero.

Petit Senn.

Un buen libro es un legado precioso que hace el autor á la humanidad.

Addisson.

No te fíes de una mujer distraida. La mujer que no te mira, es un lince que te está observando.

La Bouisse.

La mujer de un carbonero es mas respetable que la manceba de un príncipe.

J. J. R.

El que compra cosas supérfluas, se espone á tener que vender las necesarias.

Francklin.

El principal adorno de una vieja es la limpieza.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo 63; y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.